

30, diciembre, 2004

Queridos hermanos y hermanas:

Secundo con interés el proyecto e iniciativa de Cáritas Diocesana, que os presento. Para ello pongo mis palabras en su portada y os invito a apoyarlo con generosidad y con sentido solidario.

Se trata de ayudar a las comunidades cristianas de Jerusalén y Palestina. Este hecho me ha traído a la memoria otro momento grave que, en los mismos comienzos, vivió la Iglesia Madre de Jerusalén. Lo cuenta S. Pablo en la carta a los Gálatas y ocupó una parte importante en sus viajes misioneros, especialmente en Corinto.

Comenta S. Pablo que los Apóstoles en Jerusalén, le tendieron la mano a él y a Bernabé. Les dieron su aprobación para ir a evangelizar al mundo no judío. Les dieron un encargo serio: Que se acordaran de los pobres de Jerusalén. Y termina S. Pablo: *“Eso me lo tomé muy a pecho”* (Cf. Gal 2,10). Y así lo explica sobre todo en los capítulos 8 y 9 de la segunda carta a los Corintios. Dos capítulos que deberíamos releer.

Si hay un lugar para nosotros especialmente entrañable es Palestina. Desde ese lugar sagrado la Fe en Jesucristo se extendió por todo el mundo y llegó hasta nosotros. Allí nació el Señor. En Belén se produjo el encuentro de Dios con la humanidad. Allí plantó su tienda Jesucristo. Y nosotros, por eso, acertamos a entender ahora qué es el Amor y la Esperanza.

Pero la Palestina de hoy para muchos resulta desconocida. En Palestina se vive a diario un drama desgarrador, ensangrentado, con la marca de la violencia brutal y de la injusticia.

Si María, Nuestra Señora, hiciera el camino hacia Belén en estos momentos, podría haber quedado retenida en un puesto de registro riguroso y humillante, o podría haber muerto en un atentado suicida.

Además, el lugar santo, donde pudo nacer el Señor, queda cerrado por un muro infranqueable y bochornoso. La paz, que Dios nos deseó, se ha alejado de esa Tierra Santa.

Os invito a pensar, sobre todo, en las comunidades cristianas, que mantienen vivo el mensaje de Jesús, sufren un estado de marginación, de desprecio de los judíos y de los árabes y de una creciente penuria, que les obliga a emigrar y a dejar el suelo de Jesús, que es el suyo.

A lo largo de la historia han sido incontables los peregrinos a los Santos Lugares. Han peregrinado con devoción santos y místicos y nos han dejado sus experiencias. En esta ocasión Cáritas Diocesana nos propone a la Iglesia Diocesana una peregrinación singular, especialmente preparada.

La iniciamos ya con momentos de oración reiterada por aquella Tierra Santa y por aquellos cristianos. A la oración nos ayudará el conocimiento de la realidad sangrante que allí se vive y la reflexión serena y necesaria. Os pido, pues, que os acerquéis a esa realidad. Acercaos a la situación de esa Tierra dolorida, partida por posturas que parecen irreconciliables, y con repercusiones mundiales. Pero sabemos también que muchos palestinos e israelitas desean la paz y buscan denodadamente el acercamiento. El término de esta preparación es la solidaridad efectiva que llevaremos a la Tierra de Jesús. S. Pablo se lo tomó muy a pecho. La deuda con esa Iglesia es real.

En estos meses, nuestra Iglesia Diocesana se dispone a ser “buena samaritana” apoyando a los cristianos que en Palestina, como os digo, viven con enormes estrecheces, con peligros, en estado de guerra implacable.

“Desead la paz a Jerusalén. Vivan seguros los que te aman”. Nuestra peregrinación, con una serena preparación, irá a visitar, sobre todo, a las comunidades, para ofrecerles nuestro apoyo generoso y abundante, que nace de un deber de justicia y de agradecimiento.

Insto a todas las comunidades parroquiales a sumarse a esta preparación y solidaridad que Cáritas Diocesana nos propone dentro del Plan de Pastoral. Se trata de la Iglesia de Jerusalén, cuna de nuestra fe, hogar donde el Señor nació, vivió, anunció su mensaje, murió crucificado y resucitó.

Escribo en los días de Navidad. El recuerdo de la Tierra de Jesús es permanente. No es el tiempo pacífico de los pastores que van contentos a ver lo que aconteció en Belén. Hay comunidades cristianas pobres que reclaman con su silencio nuestro afecto fraterno y nuestro esfuerzo solidario.

Agradezco a Cáritas Diocesana esta necesaria iniciativa. La apoyo y os la confío. “Nos lo tomamos a pecho”. Gracias a todos vosotros. Vuestro hermano,